



EL II CENTENARIO DE A. ESTRADIVARIO

DE mayo a octubre, Cremona celebró el segundo centenario de la muerte de Antonio Stradivari, o Estradivario, el mago del violín, con una serie de manifestaciones de importancia mundial. La noble y antigua ciudad lombarda se prodigó generosamente en esta celebración que exalta la memoria de

uno de sus hijos más gloriosos, a la vez que valoriza y subraya una tradición típica y gloriosa. Cremona, en efecto, es, junto a Brescia, el centro más antiguo del arte de la fabricación de laúdes, violas y violines.

En Cremona, el genio de Estradivario se halló en su ambiente propio. La ciudad le dió la base de una insuperada tradición, de una industria floreciente y afamada, de una gran escuela. Estradivario aprendió el arte en el taller de los Amati, insignes maestros, que serían, según opinan algunos, los verdaderos creadores del violín. Se formó allí, del mismo modo que Cellini aprendió el oficio haciendo de aprendiz orfebre y que Rafael aprendió a pintar haciendo de aprendiz al Perugino; y después, como ellos, supo superar a sus maestros.

Pero es el carácter artesano de su formación lo que sobre todo hace de Stradivario una típica figura de la tradición italiana más genuina y normal. Tuvo vida larga; fabricó su último violín a los 92 años; se casó dos veces; de la primera esposa tuvo seis hijos y cinco de la segunda; y los colocó a todos razonablemente. Se ha conservado la cuenta de los funerales de la primera esposa, que debieron ser imponentes, pues que figuraron en ellos no menos de sesenta sacerdotes y frailes; en la cuenta aparece un descuento hecho de su puño y letra, que es buena prueba de su parsimonia. Y lo es también la adquisición de una tumba ajena—la de los Villani, que se habían extinguido—para tumba de familia; en la vieja piedra sepulcral quedó visible el antiguo nombre Villani, apenas borrado, debajo del nombre Stradivari. La fortuna y la fama no lo desviaron de su camino, de su taller, de su familia, de su sentido sano y previsor de la vida, típico del pequeño burgués.

Tal fué el Estradivario real, según las pocas noticias seguras que de él poseemos. Falta la fecha exacta de su nacimiento (entre 1644 y 1650); faltan noticias seguras acerca de sus padres (durante mucho tiempo se le creyó hijo de Alejandro Stradivari «quondam Julii Cesaris» y de Ana Moroni; pero en 1929 se descubrió que Alejandro había muerto en 1630, y, por lo tanto, no pudo ser padre de Antonio, nacido catorce o veinte años después). Se sabe que Antonio fué hombre alto y de cara insignificante; pero los retratos que se suponen suyos son dudosos (algunos, sin embargo, juzgan auténtico el retrato que posee el fabricante de pianos Anelli, de Cremona). Sus mismos restos mortales se han perdido; su tumba quedó destruída al derribarse, en 1869, la iglesia de Santo Domingo en que se hallaba, y los huesos de Estradivario se confundieron en la fosa común.

Obscuro destino de hombre cualquiera, tan contrastante con la fabulosa suerte del instrumento a que su genio diera vida: el violín. Último vástago de la gran familia de las violas, el violín—el violín de Estradivario—es un tipo perfecto, definitivo, en que culmina y se resuelve toda una tradición. Puede decirse que las posibilidades de expresión traídas por el nuevo y prodigioso instrumento revolucionaron el arte del campo musical. En él cantó la música serena y límpida de la gran escuela italiana de los siglos XVII y XVIII, con los Corelli, los Tartini, los Viotti, que dieron la forma-tipo de la música para violín. Pero fué Paganini quien reveló, algo más tarde, todas las virtudes del violín. Rompiendo la tradición de la escuela clásica, creó el nuevo concierto de violín. Paganini, que suscitaba en el delicado instrumento la voz cascada de las viejas y de las brujas, el silbido del viento y el fragor

de la tormenta, fué el padre de los grandes concertistas que vinieron después, el padre del «virtuosismo». Y como él, éstos usaron estradivarios o violines de la escuela cremonesa: «Alard, Sivori, Baillot, Dancla, Kreutzer, Vieuxtemps, Sarasate, Ysaye—escribe un especialista en la materia—fijaron en los estradivarios y en los violines de la escuela cremonesa los grandiosos confines del nuevo arte, de la nueva música de concierto».

En el genio de Paganini, que el mundo juzgó diabólico, resurgió el alma de Estradivario, y ella está presente y habla con acentos eternos al mundo a través de las notas de todos los grandes concertistas de violín. Y junto a la leyenda que envolvió en vida a Paganini en un halo de misterio, nació la que ha transfigurado en mil modos exaltados y románticos la figura de Antonio Estradivario. La aventura de aquel inglés que persiguió a Paganini durante seis meses, de una ciudad a otra, de un hotel a otro, espionando al «mago», cuando podía, hasta por el agujero de la cerradura, para descubrir su «secreto», es repetida infinitas veces por todos los apasionados del mundo entero que se dieron a buscar ansiosamente, rayando a menudo en la locura, el «secreto» de la fabricación de los estradivarios. Como si hubiera más secreto, en uno y en otro caso, que el genio mismo de Paganini y de Estradivario. Y es un secreto que todo el mundo puede descubrir sin ansiosas búsquedas y, sobre todo, sin vano afán de apropiación, porque el genio tiene por característica el manifestarse a todos y el no ser una fórmula o receta.

Hay toda una literatura entre alquimista y fantástica, acerca del misterioso «bar-niz» que se dice empleaba Estradivario y a cuya virtud muchos se empeñaron en atribuir la magia canora, la resonancia maravillosa, e

mundo de sonidos dulces y terribles encerrados en la leve caja de sus violines. Sin embargo, análisis químicos científicamente atenedibles, prueban que el famoso barniz de Estradivario no era sino el que se usaba y se usa para lustrar muebles. Y hay también toda una literatura sobre las prácticas arcanas con que se dice que el artífice escogía la madera para construir sus violines. Pero la madera que Estradivario usaba no era sino el abeto de los Alpes y el álamo del Po. También el mármol que esculpieron Donatello o Miguel Angel era el mismo que usaban los demás. La diferencia no está en la materia, sino en el trabajo, en la sensibilidad, en la pasión, en una palabra, en el hombre que la doblega y la transforma.

El romanticismo se apoderó del recuerdo de Estradivario y lo pintó, ora como un enamorado desdichado, ora como un exaltado, un inspirado, un llorón, un supersticioso, un brujo, un alquimista que había vendido su alma al diablo en cambio de un líquido infernal con que impregnaba la madera de sus violines. Y la especulación corrió pareja a la leyenda. Así como se falsificaron los estradivarios, cuando los originales comenzaron a ser raros y a costar sumas fabulosas, así también se comerciaron botellitas más o menos misteriosas, que se decía contenían preparaciones químicas del propio Estradivario. Pero la leyenda más curiosa entre las que se refieren a la persona misma de Estradivario, es, probablemente, la que lo identificó con un tal Antonio Nihil, Antonio Nada, en quien se pretendió ver al genio que, llegado a la cumbre de la fama, se humilla, proclamando no ser nadie ante la majestad divina.

La leyenda, el mito y también las suposi-

ciones erradas, en el caso específico de Estradivario, fueron facilitadas, indudablemente, por su misma vida sin romantiquerías y poco conocida y sobre todo por el instrumento que él dió a los hombres y que hizo su grandeza: el violín, engendrador de las voces más recónditas y sublimes, alma canora capaz de expresar todos los tormentos, todas las felicidades y todos los sentimientos del ser humano, y que siendo una creación en sí no es definible como tal, como lo son, en cambio, una estatua o un cuadro, pues que la manifestación de sus virtudes depende de la mano y de la fantasía de otros artistas. Imponderable es la creación de Estradivario, que consiste en haber dado a estos artistas un medio y una voz sublimes para expresarse. Es una creación—si se quiere—incompleta (salvo en sentido estrechamente técnico), pero que se renueva indefinidamente gracias a la colaboración ilimitada del compositor y del intérprete. Por esto, bien puede decirse que Estradivario contribuyó en medida incalculable al desarrollo de la música, como actividad creadora, que, lógicamente, corre pareja a la evolución de los instrumentos de que dispone. Pero, prescindiendo de este lado imponderable de la influencia de Estradivario, lo cierto es que a él se deben las leyes supremas de una de las industrias más delicadas. Leyes nada misteriosas, que pueden enseñarse y aprenderse y que son patrimonio universal del arte de la fabricación de violines. Esta es la herencia artesana que deja Estradivario y que su ciudad natal, Cremona, se propone ahora recoger y continuar dignamente mediante la fundación de una Escuela Moderna del arte.

A. Dabini